



Artículos

Eurasia y la (re)emergencia de China y Rusia

Gabriel E. Merino

Gran parte del pensamiento geopolítico contemporáneo tiene como uno de los pilares fundamentales la centralidad del *continente* Euroasiático. Merece ese lugar el hecho de representar el 37% de la superficie terrestre del mundo o que sea el espacio en donde se encuentre la mayor cantidad de habitantes del planeta (72,5%) y buena parte de sus principales civilizaciones históricas y entidades culturales nacionales contemporáneas. Además, en dicha región se encuentran actualmente tres de los cuatro núcleos de la economía mundial: China (con un PBI a precios actuales de 14,34 billones de dólares según el Banco Mundial con datos de 2019), Europa Occidental (Eurozona con un PBI de 13,34 billones) y Japón (5,08 billones).

Por otro lado, allí se encuentran la mayor parte de los principales polos de poder mundial, hoy en plena disputa en un escenario de multipolaridad relativa y crisis del orden mundial: China –la gran potencia/civilización re-emergente que modifica el escenario mundial y expresa el ascenso más general de Asia Pacífico como región–, Rusia –con su poderío político-militar, territorial e inmensos recursos naturales–, la Europa de la zona euro (o el eje Berlín-París) que continúa en la rugosa senda de la contrucción de un estado continental, y estados importantes como India (cuya proyección prevé que será un jugador fundamental), Japón, Irán o Turquía.

Eurasia en la geopolítica

El inglés Halford Mackinder fue uno de las principales voces de fines del siglo XIX en poner en relieve la centralidad de Eurasia en la geopolítica, así como el hecho de pensar el continente de forma unificada. Con su visión del heartland –el corazón territorial de Eurasia inaccesible al poder del mar– y su teoría sobre el pivote geográfico, elaboró la fórmula según la cual quien domina el Heartland, reina en la 'Isla del Mundo'

de Eurasia, quien domina la 'Isla del Mundo', gobierna el mundo entero. Para dominar el Heartland resulta crucial dominar la región pivote, de allí que, en la mirada de un estandarte intelectual del "imperio de mar", se vuelva un imperativo estratégico la necesidad de mantener divididas a Europa y Rusia, o también impedir que un Estado fuerte de Asia Pacífico se haga del control del heartland.

En este sentido, Mackinder afirmaba que "la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses llegaran a vencer al Imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de las que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la 'región pivote'" (Mackinder, 2010 [1904]). Imagine-mos que significaría para este autor la alianza actual entre China y Rusia y el fenomenal proyecto conocido como la "Nueva Ruta de la Seda", así como también la creciente influencia de China en Europa del Este y Central o sus cada vez más profundos vínculos con Alemania.

Otras de las voces destacadas de la geopolítica clásica, pero desde intereses contrapuestos a los de Mackinder, es la del alemán Karl Haushofer (1886), un propulsor del Eurasianismo como política estratégica de Alemania. Este quería unir lo que aquel buscaba dividir. Haushofer promovía una alianza con Rusia --también con Japón, el actor emergente por excelencia en Asia Pacífico a fines del siglo XIX y principios del siglo XX— con el objetivo de terminar con la superioridad del "imperio de mar" (Reino Unido) a favor de los imperios de tierra (Alemania y Rusia, convertida luego en la URSS). El Tercer Reich desoyó a Haushofer, rompió el pacto Mólotov-Ribbentrop en 1941 y se lanzó a la conquista del heartland apostando a la derrota de la URSS una vez dominada Europa continental, lo que le daría la primacía en Eurasia y, de allí, la primacía mundial. Los soviéticos combatieron contra 200 divisiones alemanas (Estados Unidos sólo llegó a enfrentar 10 en el frente occidental) y tuvieron la escalofriante cifra de 27 millones de muertos, pero finalmente vencieron. Fue a causa de la URSS, principalmente, que Eurasia no pudo ser dominada por los alemanes y erigirse como nueva potencia dominante.

Terminada la Segunda Guerra Mundial y con el control por parte de la URSS de Europa del Este y de parte de Alemania, Estados Unidos (el nuevo centro del "imperio de mar" angloamericano) estableció un conjunto de posiciones alrededor del territorio dominado por los soviéticos: Alemania, Italia, Turquía, Corea del Sur y Japón. Ello obedecía a una estrategia de contención, formalizada por George F. Kennan, que se basaba en el control de la periferia del continente o el "cinturón interior", que implicaba rodear la isla-continente o isla mundial y mantener a partir de allí la superioridad y hegemonía del "imperio de mar". Obviamente, ello estaba necesariamente ligado a la primacía tecnológico-productiva, comercial y financiera de Estados Unidos y la primacía de sus corporaciones multinacionales, en una nueva fase de expansión capitalista mundial. A partir de estas nuevas realidades geoestratégicas es que Nicholas John Spykman desarrolló una reformulación de la teoría: la centralidad se encuentra en el Rimland de Eurasia (cinturón interior accesible al poder naval y en donde se encuentran las grandes masas

poblacionales del continente), y quien lo controla domina en Eurasia y por lo tanto en el mundo. Después vendría la regionalización propuesta por Samuel Cohen y distintas críticas al pensamiento de estilo mackinderiano/haushoferiano. Pero las claves de este pensamiento geopolítico y geoestratégico, así como la constante centralidad euroasiática estarían lejos de desaparecer.

La caída de la URSS renovó este pensamiento en el mundo anglosajón y occidental, pero también mantuvo algunos de sus elementos centrales entre sus principales representantes. Y uno de estos elementos es, como se dijo, la centralidad de Eurasia. Según observa Brzezinski, en el famoso libro *El gran tablero mundial* publicado en 1997 —en pleno auge del mundo unipolar y en la *belle époque* del proyecto de globalización financiera neoliberal— la “primacía global de los EE.UU. depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente pueda mantener su preponderancia en el continente euroasiático” (Brzezinski, 1998: 39). En este sentido, la tarea es asegurarse que ningún Estado o ningún grupo de Estados/polos de poder obtengan la capacidad de expulsar a Estados Unidos de Eurasia o limitar su papel de árbitro. Y para ello, resulta fundamental el control estadounidense de la periferia occidental y oriental de Eurasia, así como la separación de cualquier alianza contra-hegemónica en la “isla-mundial”:

“Si la región sur no queda sujeta a la dominación de un único jugador y si el este no se unifica de una manera que conduzca a la expulsión de los Estados Unidos de sus bases costeras, entonces puede decirse que los Estados Unidos prevalecerán. Pero si el espacio medio rechaza a Occidente, se convierte en una única entidad activa y, o bien se hace con el control del sur o establece una alianza con el principal actor oriental, entonces la primacía estadounidense en Eurasia se reducirá considerablemente. Lo mismo ocurriría si los dos principales jugadores orientales se unieran de alguna manera. Por último, el supuesto de que sus socios europeos expulsaran a los Estados Unidos de su base en la periferia occidental pondría fin, automáticamente, a la participación estadounidense en el juego sobre el tablero euroasiático, por más que ello llevaría también, probablemente, a la eventual subordinación del extremo occidental a un jugador revitalizado que ocuparía el espacio medio.” (Brzezinski, 1998: 43)

También desde Rusia hubo una renovación del pensamiento geopolítico que retomó las fuentes mencionadas y la centralidad de espacio euroasiático. El libro de Alexandr Dugin *Fundamentos de la Geopolítica* (1997), coincidente con el año de publicación de la obra de Brzezinski y en un contexto de profundo declive periférico de Rusia, supone todo un rescate de la perspectiva de Karl Haushofer, especialmente en la necesidad de construir un nacionalismo euroasiático, opuesta al nacionalismo étnico-cultural eslavófilo (que lleva a un enfrentamiento con sus vecinos y tensiona la multiétnica Federación Rusa). Por supuesto, el eurasianismo también se opone al liberalismo pro-occidental y al viejo comunismo soviético.

Para Duguin el nacionalismo euroasiático implica como estrategia la búsqueda de alianzas entre la Rusia y sus vecinos al Oeste y al Este — es decir principalmente la Alemania y Japón, proponiendo también al Sur islámico y a la India una forma de la colaboración geopolítica. Según el autor, todo esto es realizable teóricamente por una razón: las tendencias anti-americanas las cuales están presentes en dichos países. Según Duguin (1996), los “nacionalistas eurasiáticos (...) no creen que los Estados Unidos dejarán a las civilizaciones alternativas renacer en la época post-bipolar por una evolución natural; y consideran como factor fundamental el dualismo geopolítico — la Tierra y el Mar, el atlantismo y el eurasiatismo, la isla y el continente — descubierto por Mackinder, Mahan, Haushofer, Savicky etc.” Si en la década de 1990 Japón era visto como el actor central de Asia Pacífico, veinte años después en dicho lugar va a aparecer China. Pero lo central es que esta visión va a crecer fuertemente en Rusia, especialmente a medida que la OTAN y la UE lleguen a sus fronteras y avancen en todo el espacio pos-soviético.

El espacio Euroasiático hoy

La centralidad de Eurasia y ciertas claves de los clásicos tiene cada vez mayor relevancia en el pensamiento estratégico actual y en los intelectuales volcados a la geopolítica y a las relaciones internacionales.

Como ya se mencionó, la actual transición histórico-espacial, la lucha y cooperación entre polos de poder mundial tiene como protagonistas a dos poderes re-emergentes euroasiáticos: China, nuevo centro dinámico de la economía mundial, que retorna con la capacidad de desafiar el Orden Mundial vigente luego de un siglo y medio de subordinación a Occidente, a partir de las guerras del Opio, cuando comienza el declive y la periferalización-colonización de lo que hasta entonces era la mayor economía mundial en escala. Y Rusia, potencia militar, hidrocarburífera y territorial Euroasiática, aunque semi-periferia económica por su menor desarrollo tecnológico-productivo y financiero. Pero también hay que contar con la emergencia de la India o el peso de potencias medias como Turquía e Irán. Observar la dinámica compleja de la ascendente Asia-Pacífico. Así como también, analizar el dilemático devenir de Europa, tensionada entre el atlantismo o consolidar bajo la conducción de Berlín, París y las transnacionales europeas un estado continental a través de la conformación de un complejo militar y unas fuerzas armadas conjuntas.

Ya desde 2008-2009, con el lanzamiento de los BRICS y el avance de China frente a la crisis que golpeaba a Occidente, comenzó a ganar mayor centralidad estratégica la política de contención en Washington, profundizando el cambio que había acontecido en 2001 bajo el gobierno de George W. Bush, cuando Estados Unidos modificó la definición de la relación con Beijing de “asociación estratégica en el siglo XXI” al de “competencia estratégica”. Con el triunfo de Obama y el establecimiento de la geoestrategia “globalista” (Merino, 2018) el gobierno de los Estados Unidos definió como nueva clave geopolítica el giro hacia el Pacífico y como geoestrategia el Tratado Trans-Pacífico (TPP) junto con una alianza militar con similitudes a la OTAN en la región de Asia Pacífico. Ello se correspondió con la declaración de Japón, tradicional aliado estadounidense, de su

adhesión al TPP en marzo de 2013 y su reinterpretación de la constitución nacional para que sus fuerzas armadas intervengan en el extranjero, luego de setenta años. La geoestrategia del TPP puede resumirse en las siguientes frases del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama: *“Sin este acuerdo, los competidores que no comparten nuestros valores, como China, decretarán las reglas de la economía mundial”*. *“Cuando más del 95% de nuestros clientes potenciales viven más allá de nuestras fronteras, no podemos dejar que países como China decreten las reglas de la economía mundial.”*¹

Por otro lado, la geoestrategia globalista de controlar Eurasia y contener a las potencias re-emergentes a través del control de las periferias de la isla mundial, fue complementada en el occidente con el impulso del Tratado Trans-Atlántico de Comercio e Inversión (TTIP). A lo que debemos agregar el avance de la OTAN hacia Europa del Este, que se aceleró desde fines de los años 90' en plena unipolaridad — Hungría, Polonia y República Checa en 1999; Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania y Rumania en 2004; Croacia y Albania en 2009— y que con la intención declarada por Ucrania en 2008 de adherir, al igual que Finlandia y Suecia, significaron la posibilidad de cercar totalmente a Rusia en su frente Occidental. Esta situación es lo que se encuentra de trasfondo en el estallido de los enfrentamientos en Ucrania hacia noviembre de 2013 y abril de 2014 a partir de lo cual cambia la situación mundial y se perfila una nueva fase de la crisis (Merino, 2016). Recordemos que para el citado Brzezinski (1997), Rusia no podría ser un gran “imperio” euroasiático (un polo de poder mundial) sin Ucrania y define que la influencia estadounidense en dicho país es un objetivo geopolítico de importancia central.

Observemos cómo en un artículo en *Foreign Policy* el analista, ex almirante de los Estados Unidos y comandante supremo de la OTAN, James Stavridis (2014), analiza el significado geopolítico del TTIP: este implicaría *“unir Europa a los Estados Unidos, lo que daña la influencia de Rusia. El TTIP es un acuerdo razonable por motivos económicos, en términos generales. Pero también tiene un enorme valor real en el ámbito geopolítico. El aumento de los vínculos entre los Estados Unidos y nuestros aliados y socios europeos van a estar en oposición directa a la estrategia de Putin de establecer una cuña entre los Estados Unidos y la Unión Europea, los miembros centrales de la comunidad transatlántica.”*

En el año 2013, una vez que Japón firma el TPP y las estrategias de “contención” o cercamiento euroasiático de Estados Unidos y aliados se hacen sentir con fuerza, China, Rusia y otras potencias reaccionan, profundizando la contradicción que se observa con claridad desde el lanzamiento de los BRICS en 2009 entre, por un lado, las fuerzas unipolares que defienden el viejo orden mundial (bajo nuevas formas o aferrados a las viejas estructuras) y, por otro lado las fuerzas multipolares que buscan (bajo múltiples modos) transformar el orden mundial, modificando las jerarquías interestatales, la división internacional del trabajo y la distribución mundial del poder y la riqueza.

¹ Discurso semanal a la Nación, AFP, 10 de octubre de 2015.

Según observa desde China Yonquang Li (2018), el orden económico mundial anterior ya no puede satisfacer las necesidades de los países desarrollados, los cuales cada vez más requieren nuevas reglas más adecuadas a sus intereses, como se refleja en el TTIP y el TPP. Sin embargo, los países desarrollados tampoco pueden monopolizar las reglas como lo hicieron antes, lo que se traduce en profundas presiones y enfrentamientos. Y también, agregamos desde nuestra perspectiva, en un obstáculo fundamental para resolver la crisis de sobreacumulación de capital (Merino, 2016).

Frente a ello, China buscó enfrentar los desafíos planteados. Por un lado, en la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, por sus siglas en inglés) en noviembre de 2014, Beijing además de sellar un conjunto de acuerdos políticos, comerciales y militares con distintos países, logró el apoyo de las 21 economías que significan más de la mitad del comercio mundial a una “hoja de ruta” que prevé a crear una zona de libre comercio en la región Asia Pacífico (sería la mayor área de libre comercio del mundo) y tendría a Beijing como centro (como milenariamente funcionó esa región). En competencia con el TPP, China avanzó con la propuesta de una Asociación Económica Integral Regional o RCEP que significa el 31% de las exportaciones mundiales, 3,5 mil millones de personas y el 39% del PIB mundial. La otra propuesta estratégica que impulsó China para la región es el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), eclipsando las instituciones financieras bajo control de Washington y Occidente.

Por otro lado, resulta fundamental analizar el fortalecimiento de la proyección euroasiática tanto de China como de Rusia. Tanto la Unión Económica Euroasiática (UEEA) cuyo tratado fue firmado en mayo de 2014 por Rusia, Bielorrusia y Kazajistán (luego se sumaron Armenia y Kirguistán), como el Belt and Road Initiative (BRI) de China deben analizarse, entre otras cuestiones, bajo dicha clave continental. Además, Rusia y China apuestan a una Gran Asociación Euroasiática integral, lo que fue reafirmado por sus dos presidentes.

Esta alianza no es nueva. No resulta casual que en paralelo a que Brzezinski (1997) publica el libro en el que apunta a los “balcanes euroasiáticos” de Asia Central como el agujero negro y parte de la gran zona de inestabilidad (que incluye a Oriente Medio) y demarca un objetivo geopolítico, China y Rusia acuerden construir una institución de seguridad conjunta llamada Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS), fundada finalmente en 2001, incluyendo a Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán. A los que se suman la India y Pakistán a partir de enero de 2016, según se estableció en 2014 en la cumbre de Tayikistán. También se encuentran como observadores Irán, Afganistán, Bielorrusia y Mongolia. Y se encuentran como posibles futuros miembros Serbia, Birmania, Corea del Norte e Irán. La incorporación de India y Pakistán, posterior al conflicto de Ucrania, resulta un claro avance estratégico del eje China-Rusia, que profundizan los acuerdos de seguridad a partir de 2014, cuando se inicia una nueva fase de la crisis del orden mundial (Merino, 2016).

La propuesta de la Unión Económica Euroasiática, que toma su nombre quien fuera ministro de relaciones exteriores y primer ministro ruso a fines de los años noventa (Yevgeni Primakov), toma como fundamento la necesidad de “rescatar el papel de

Rusia como la gran potencia euroasiática, no ya como la superpotencia que fue en los tiempos de la Guerra Fría” (Sánchez Ramírez, 2016: 103). Esto implica conformar una alianza, que apueste por generar un balance multipolar de poder a nivel mundial, con Irán, China, la India e incluso atraer a la Unión Europea.

Por otro lado, como se analiza en Merino y Trivi (2019), el BRI impulsado Xi Jinping a partir de 2013 (involucrando a más de 60 países, en su mayoría en desarrollo), constituye una propuesta clave en el fortalecimiento de la perspectiva euroasiática. En los países involucrados habitan 4.400 millones de habitantes (63 por ciento de la población mundial), se encuentran 75% de las reservas energéticas conocidas al mundo y se produce 55% del PIB mundial. Además, el gobierno de China tiene previsto invertir en la NRS la impresionante cifra de 1,4 billones de dólares y ya está contemplado un presupuesto de 890.000 millones de dólares, procedentes del Fondo de la Ruta de la Seda, del Nuevo Banco de Desarrollo y del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructuras. Pero más allá de estas cifras conocidas, lo que debemos resaltar, entre otras cuestiones, es que los seis corredores desarticulan puntos clave que pueden significar estrangulamientos al desarrollo de China y favorecen la influencia estadounidense y la estrategia de rodear-contener a China y al eje continental con Moscú (hasta Berlín-París).

Si observamos en el mapa en dónde se trazan los corredores y la ruta marítima, podemos ver que el corredor a través de Myanmar proporciona una ruta hacia el mar que elimina el punto de congestión del estrecho de Malaca en Singapur (centro financiero global aliado a Occidente) y Malasia. Este une el Mar de Andamán del Océano Índico con el mar de China Meridional y que constituye una de las rutas marítimas más importantes del mundo, que Estados Unidos con su poderío naval todavía dominante, podría obstaculizar en un escenario de agudización del enfrentamiento. Por otro lado, el corredor junto a un nuevo puerto de Gwadar en Pakistán proporciona acceso directo al Océano Índico occidental y a la salida del Golfo Pérsico en el Estrecho de Ormuz, desde donde sale el 40% del Petróleo comercializado en el mundo, gran parte del cual se dirige hacia China. De igual forma, tanto el corredor China-Mongolia-Rusia como el corredor Nuevo Puente Terrestre de Asia permiten una conexión directa con Europa, una salida al Mediterráneo y una integración Euroasiática continental. Ello rompe el eje-tapón que separa territorialmente Asia-Pacífico y Europa, que otorga la superioridad estratégica al polo de poder que controla el mar. Además, el importante protagonismo de Rusia permite aminorar sus posibles recelos geopolíticos con la iniciativa. Por otra parte, el corredor Indochino aseguraría eliminar las amenazas en el sureste asiático continental.

Por último, como se propone en el trabajo citado anteriormente, resulta interesante recordar un pasaje de Halford Mackinder (1904), que brinda algunos de los elementos interpretativos fundamentales que siguen vigentes en buena parte del pensamiento geopolítico occidental para analizar Eurasia, el BRI y la UEEA:

“Hace una generación, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna

parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado “corazón continental” de Eurasia (...) ¿no se hace evidente una cierta persistencia de la relación geográfica? ¿No es la “región pivote” de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles?” Mackinder (2010: 315-316).

En plena transición histórica-espacial, en una profunda crisis del orden mundial y de la hegemonía estadounidense deviniendo hacia el “caos sistémico”, Eurasia vuelve al centro de la escena.

Referencias bibliográficas

- Brzezinski, Z. (1998), El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos. Buenos Aires: Paidós.
- Duguin, Alexandr (1997), Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia, Moscú: Arktoveja.
- Haushofer, Karl (1986), De la géopolitique. París: Fayard (Prefacio de J. Klein e Introducción de H.-A. Jacobsen).
- Li, Yongquan (2018) “The greater Eurasian partnership and the Belt and Road Initiative: Can the two be linked?”, Journal of Eurasian Studies N° 9, 94–99.
- Mackinder, H. (2010 [1904]) “El pivote geográfico de la historia”. Geopolítica(s) vol 1, nº 2, pp. 301-319.
- Merino, Gabriel E. (2016) “Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas de América Latina”, en Geopolítica(s), vol. 2, nº 7, Universidad Complutense de Madrid, p. 201-225.
- Merino, Gabriel E. (2018), “Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump”, en Realidad Económica, N° 313, IADE, pp. 9-40.
- Merino, Gabriel Esteban; Trivi, Nicolás (2019). La Nueva Ruta de la Seda y la disputa por el poder mundial. EN: L. Bogado, M. Caubet, y F. Staiano (Eds.). China : una nueva estrategia geopolítica y global. La iniciativa de la franja y la ruta. La Plata : Instituto de Relaciones Internacionales y Centro de Estudios Chinos de la UNLP. p. 96-111.
- Sánchez Ramírez, P. T. (2016). “La nueva estrategia geopolítica global de Rusia y la reorientación de su política exterior hacia la región de Asia durante los años 2014 y 2015”. CONfines, año 12, n.º 22, pp. 101-121.
- Stavridis, J. (2014): “Vladimir putin hates the ttip”, Foreign policy, 19 de noviembre de 2014. en línea (consultado el 3/9/2016): http://foreignpolicy.com/2014/11/19/vladimir-putin-hates-thettip/?wp_login_redirect=0